

## EDITORIAL

### LA BIBLIOTECA Y LA ESCUELA

La historia de la cultura cede un lugar preferente a la Biblioteca. Por eso se perfila, al través de los siglos, como una institución indispensable en el progreso humano. Y hoy es tan importante como la escuela misma. Todos los hombres de letras, los intelectuales, en una palabra, ven en la Biblioteca Pública el crisol más práctico donde se funden las mejores democracias.

Los maestros, son los que más creen así. Aceptan en la Biblioteca la continuación de un proceso educativo, porque si la escuela ofrece principios, aquélla se encarga de señalar nuevos derroteros en el campo de las ciencias. En

consecuencia, la Biblioteca es la Universidad del pueblo y debe, por lo tanto, merecer la ayuda que Escuela y Universidad reciben. ¿Quién no reconoce, en la actualidad, la utilidad positiva de la Biblioteca? Resiéntanse los hombres de una ciudad que no la tenga. Ella es el recreo del espíritu, la fuente de la vida.

Si conocemos su función en las masas populares no se le puede negar su puesto en la educación pública. Y el día que la escuela salvadoreña se lo ceda, pero definitivamente, el pueblo sacudirá sus vicios y levantará templos a la cultura.

Por el momento, todos los países organizados del mundo hacen alarde de sus centros bibliotecarios. Juzgan que la Biblioteca es algo inherente a la vida de los habitantes. Más todavía: la caracterización de una raza, y no un capricho aislado de la cultura. Esfuerzos materiales, contribuciones voluntarias, son las manifestaciones de fé y de cariño de muchas

comunidades para sus bibliotecas. Y es que tienen el firme convencimiento de recibir felicidad, amor, dignidad a cambio de aquellos esfuerzos y contribuciones. Los pueblos gastan en libros, pero en espera de recibir un valor centuplicado. Y es muy lógico: pueblos cultos son pueblos ricos.

Largos son los años que la escuela salvadoreña trabaja iniciando conocimiento, pero no esa sed insaciable de saber. Para la Biblioteca está reservado tal milagro: es el complemento de la escuela: está pone los cimientos de una cultura, «aquella edifica». De aquí este principio: «pueblos sin biblioteca, pueblos sin escuela». Algunos se aventuran a recomendar la libertad del adulto en sus lecturas, fiados en los consejos de la escuela, sin reparar en las insanas lecturas escolares. Y es aquí la verdadera ac-

*«La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo».*

*«Creo que he dado a mi tierra, desde que conocí las dulzuras de su amor, cuanto hombre alguno puede dar. Creo que he puesto a sus pies, muchas veces, fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa».*

*José Martí.*

ción de la Biblioteca: prever el mal, orientar hacia lo grande y noble.

Múltiples son los esfuerzos de la escuela por hacer universales los conocimientos en el niño, pero, a pesar de todo, la experiencia nos demuestra que la mayoría de escolares, por circunstancias diversas, no terminan sus estudios. Caso de faltar la Biblioteca, muchos habitantes se conformarían con lo poco que oyeron en el aula, aun cuando sintieran el vivo deseo de aumentar el caudal de sus conocimientos.

La vida en estos momentos reclama actividades nuevas. La Biblioteca los da en esta forma: conocimientos útiles, anhelos elevados, positivas aspiraciones, amplios horizontes para el alma de los jóvenes.

El país necesita de sus habitantes un civismo más alto, una ciudadanía que armonice con sus problemas económicos, políticos, sociales; la Biblioteca es la llamada a difundir cultura en relación a las exigencias del momento. El pueblo tiene que recibir en la Biblioteca todo lo que no puede darle la escuela.

Es el templo de todos; ni la aristocracia de los intelectuales establece diferencia. Es la casa del pueblo donde hay una absoluta libertad. Allí consulta el médico, el maestro, el agricultor, el obrero. Potentados y humildes llegan a la misma fuente.

Que la escuela sienta la necesidad de la Biblioteca y ya tendremos una labor eficiente.

---

## Sideral

*POR RAMON DE NUFIO.*

(Mi corazón y el mar, ritmos iguales!)  
 Cuando la Cruz del Sur abre sus lises,  
 las barcas de pescar llegan felices,  
 mecidas por los vientos tropicales.

Sobre los hombros de las olas grises,  
 —desgreñadas sus crenchas virginales—  
 siete sirenas cantan las sensuales  
 canciones que, cobarde, no oyó Ulises....

Crepúsculo de mar.... Clara, una idea  
 nace en mí lentamente; es tan divina  
 como una rima astral de la Odisea:

¿cuál de todos sería aquel lucero  
 que vió emerger de la quietud marina  
 el alma azul con que miraba Homero?

## SANGRE BAJO EL SOL

POR ARTURO AMBROGI

*Especial para el «Boletín de la Biblioteca Nacional».*

El peche Albino Cruz empujó la puerta de golpe, y entró. El peche Albino Cruz era campisto en «Las Delicias», propiedad del señor Fulgencio Henríquez, finca en la cual su padre, el señor Vicente Cruz, tenía, de luengos años, su rancho y su huerta de colono. Cruzó el dilatado patio, horro de sombraje, y se fué aproximando al grupo que en la galera, en que se almacenaba el guate, formaban Mingo, el shashaco Túles, el cuto Damián y ño Evaristo Montes, el corralero.

Como quien da un notición (y en efecto lo era) el peche Albino Cruz la soltó, no bien hubo alcanzado la fresca protección que brindaba el techo de la galera, bajo el cual los manojos de zacate, bien prensaditos, formaban recia muralla. Casi sin tomar respiro, la espetó:

—Utualito acabo de toparme con el zonto Piche!

Al unísono, las voces, asombradas, clamaron:

—Con el zonto!

—Con el mismo zonto en cuerpo y alma—confirmó, con gesto típico, el peche Albino Cruz, satisfechísimo de la honda impresión que la noticia producía, impresión que él había previsto y que le había hecho recorrer el camino del pueblo a «Las Delicias» en menor tiempo que de costumbre.

Un brevísimo, pero intenso compás de espera, siguió a la noticia. En el silencio de la tarde avanzada, oyóse relinchar un potrillo, en un potrero cercano. Luego el parpar de unos patos que cuchareaban la cernada que la molendera acababa de arrojar al patio.

—Salió ya pué?

—Asin'es. Yo beniya d'ende la señora Idubijes Pantoja, cuando lo alcansé a mirar que aiba pasando frente a frente de la carrocería del señor Jesús Canjura. Onde bido que yo aiba detrás, se detubo a asperarme, y los benimos juntos los dos, platicando hasta la tienda del chino. El se quedó ayí. Dijo qu'iba ser unos mercados. Y yo me juí pasando.

Mientras tal relación hacía, los ojitos perversos del peche Albino Cruz (ojitos de taltuza, bien zurdidos en las órbitas; emboscados, como en acecho, tras el tupido breñal de las cejas) buscaban, insistentes, tenaces, al cuto Damián. A éste, seguramente que el notición aportado del pueblo por el puerco peche no le hacía maldita la gracia: se le había atragantado. Bien a las claras se advertía. Sentado en el timón de la carreta desuncida, se había agachado, y por entre las piernas abiertas y extendidas como tijeras, rayaba el piso apelmazado con la punta de su machete. Trataba, de esta manera, de aparentar una tranquilidad de que en realidad no disfrutaba.

El peche Albino prosiguió:

—Dice que lo sacaron los ductores a juerza de pisto. No estubo en el calabós ni diesiocho meses. Dice qu'es mero galán.

No Evaristo Montes, el corralero, un viejito pechito, con cabecita de chiltota, apetcadito, talvez por la obligada postura del ordeño, la piel color de pús y un ojo, el derecho, comido por una nube, no le dejó continuar:

—Mero galán?... Mero galán estar zampado en un calabós por

asesino? Que no seya tan fantasioso el mentado zonto! Y vos, peche, no si'as tan bruto diandar repitiendo esas zanganadas. Mejor que cerrés el hocico.

El peche Albino Cruz no dejó de escamarse. Con una su sonrisita un si es no es burlesca, se le quedó mirando al viejo.

—No se me caliente, ño Ibaristo. No es pa'tanto. Eso lo dice el zonto, y no yo. Yo nu'hago más que repetirlo pa que mioiga el que le conbenga.

El saetazo iba directo. Al merito corazón.

El cuto Damián ni se inmutó siquiera. Seguía trazando rayas con la punta de su machete en el suelo apisonado. Los demás circunstancias cruzaron entre sí una rápida mirada de inteligencia.

—Pue no repitás vos esas cosas— dijo el viejo mascando, remascando, con sus roídos dientes, ennegrecidos por la nicotina, una pucha de puro, desfloronada y apestosa. Sus labios, al moverse, imitaban el chuponear de un niño de teta; y por las junturas se le escurrían hilachas de baba color de miel de purga.

Retirando la pucha con la punta de sus dedos percutidos, carraspeó recio, como si tuviese atravesada en el galillo alguna flema. Luego, con solemne entonación de voz, sentenció:

—Galán, arrecho, será pa los picaros, pa los zanganotes como el zonto, y otros que yo me sé; pero no pa la gente de bien y perfectamente cabal.

En un lento movimiento, sumió el cuello entre los hombros, y se quedó como en espera de ataque. Los ojos turbios de ño Evaristo dedicaron entonces al cuto Damián la más cariñosa y confortante de sus miradas. Este, al escuchar las palabras del corralero, dejó en paz el machete y se incorporó a medias. En sus labios enlavecidos por la

honda emoción, brotoneó el efímero reflejo de una que quiso ser sonrisa y resultó mueca de resignación y melancolía. Un instante sus ojos parecieron animarse. Su mirada, una húmeda mirada de perro acorralado, opaca, tal como si viniese de las lágrimas, se fijó en el rostro bonachón del viejo. Comprendía que allí estaba su único apoyo, su protección única. Pero volvió la mirada hacia donde estaba el cuto Damián y le vió sonreír con sonrisa corrosiva. Volvió a abatirse totalmente su ánimo, y prosiguió rayando, con la punta de su machete, la tierra apisonada del piso.

El peche Albino Cruz se había acurrucado, recostándose en uno de los horcones de huachipilín de la galera. No Evaristo le buscó de nuevo:

—Y qu'és lo que dice ese zanganote, dejado de la mano de Dios?

El interpelado vacilaba en contestar.

—Pue.....

Ño Evaristo se impacientó:

—Dejá de joder! Echá juera del buche di'una vez lo que seya, peche planta'e'la muerte.

—Pue.....Qui'andaba en lo mesmo de denantes. Qu'en no masito topando al cuto, juera ende juera, lu'iba ser picadillo.

—Lu'iba ser picadillo?...Lu'iba ser picadillo?...sonsoneteó, burlón, ño Evaristo, al propio tiempo que movía la cabeza, como si llevase el compás a lo que decía—Picadiyo asina nomás, verdad?

—Asina nomás!.....Picadillo!— replicó el otro, categórico, fastidiado ya, seguramente, de la insistente agresividad del viejo corralero.

En el entretanto el cuto Damián oía y callaba.

El peche Albino; ante la mudez de ño Evaristo, insistió, tenaz, casi provocativo, atornillando sus ojillos en los del viejo.

—Nu'ay qui'hacer. El zonto es un tramadazo, que dice quitá di'ai. Ya lo sabés, peche seleque. Andá bibo. Al no más parpadiar el zonto, procurá ajustarlo de firme. Sinó ese mala vaina se recaga en tu'alma.

El viejo corralero, rancio filósofo del valle de Tres Ceibas, no se sulfuró esta vez. Comprendía que el peche, a pesar de su perversidad innata, andaba sobradito de razón en esta vez. El zonto era, verdaderamente, mala res, matrero consumado, capaz de todo, y había que andar con él con mucho tiento.

—Tiene razón el peche!—exclamó, mientras, agachándose, se zafaba uno de sus caítes. Lo sacudió contra el timón de la carreta, y se puso, diligente, a reajustar una de las correas que se había aflojado. Y dirigiéndose al cuto, le recomendó, solemne, pontifical:

—Si te busca, m'hijo, que ti' encuentre. Sabé ser hombre nomás!

Ni por esas el pobre cuto reaccionaba. De tal manera la noticia de la salida del zonto, de quien por luengos años había llegado a creerse libre, le había anonadado.

Mientras que, agachado, seguía rayando el piso con la punta de su machete, en su memoria ibase precisando con la nitidez de un aguafuerte, el imborrable recuerdo de su desgracia.....

Un día en que su mujer, la pobre Macaria, había ido al pueblo, a mercar en la botica de Monge una medicina para la niña que estaba con la disintería, él se quedó en el rancho ocupado en hama-carla, y adormecerla al sonsoneteo monótono de alguna de esas canciones populares, olorosas a jugo de pitahaya, y en las que siempre hay coyotes y cadejos que se comen a los niños que no son buenos, y que siempre lloran por alguna manzana que se les ha perdido debajo de la cama. Llegó el me-

diodía, y la mujer no regresaba. La niña se había dormido soñando tal vez con esa manzana que ella no conocía siquiera. Se asomó al borde del camino. En un palo de pito viejo, barejonudo, dormitaba una iguana, cuyas escamas rebrillaban al sol. Pasó el maestro Justo Sánchez con su alforja de comprados al hombro.....Pasó la señora Beta, bajo el peso de su canasto recubierto con un costal.... Pasó ño Chico Calero con su carreta vacía, que regresaba de la ciudad de dejar sus seiscientas rajás de leña....Pasó el señor Cástulo Cabrera, con su enorme daga inglesa a la cintura y sus anteojotes redondos que le prestan un pronunciendo aspecto de tecolote....A toditos ellos les fue preguntando por la Macaria. Ninguno de ellos la había visto. Apenas si fue el maestro Justo Sánchez quien le dijo que la había divisado en la plaza platicando con la Genoveva. Regresó al rancho y por entretenerse se puso a remendar unos matates. Pero estaba inquieto. Dejó los matates y salió nuevamente al camino. El camino estaba solo, espejeante su capa de polvo entre las cercas de palo-pique. Nadie. Tal vez se habría quedado a almorzar donde la comadre Bersabé. Pero eso no podía ser. La Macaria sabía perfectamente bien que la medicina precisaba para la niña, y además tenía que echar el almuerzo para ellos y el mozo que estaba tapixcando la milpita. Entonces recordó que no había leña y fué al interior del rancho a sacar un hacha. Se puso a astillar un troncón seco. Pensaba encender el fuego para que cuando llegase la mujer no se atrasara. Se encontraba en la cocina, inclinado, soplando las astillas amontonadas bajo la olla de los frijoles para que se calentaran, cuando oyó en el camino rumor de pasos, chillar de voces

alteradas. Era un grupo de gente que se detenía frente al rancho, que entraba al patio, conduciendo en hombros una camilla de cuero en la que el cuerpo de la Macaria yacía horriblemente mutilado. Un tremendo machetazo le había abierto del frontal izquierdo a la mandíbula, desprendiéndola. Otro, del mismo lado, le había casi desgajado el brazo, como rama al golpe rudo del vendaval. Dejaron la muerta en el corredor del rancho, y las vecinas que con ella habían acudido, comenzaron a dar las vueltas del caso. Damián no pudo ni llorar. Alguien, nadie supo quién dijo:

—Jué el zonto Piche!

El cuto Damián se quedó hecho un papel. Se desencajó. El corazón le golpeó el pecho. La cruda verdad ofuscó su cerebro. En la hamaca la niña despertó y principió a llorar, a llorar, como cuando a los niños les duele algo, y no lo pueden manifestar. La Macaria había sido, antes de ser su legítima mujer, «cuero» del zonto Piche. Un día de tantos el zonto la abandonó. Cogió camino. Los primeros días, nadie supo nada de él, ni trató de averiguarlo. Un día Chomo Chavarría, que regresaba de tayerar en La Joya, contó que por allá andaba. La Macaria entró de molendera donde ño Manuel Melara. Ahí en esa cocina humosa, junto a la piedra de moler, fué donde Damián la conoció; y al rumor del nistamal triturado por la mano de piedra, la requirió de amores. Se casó con ella. Cuatro años tenían de vivir tranquilos cuando la desgracia se cernió sobre el ranchito de teja bermeja, sobre el huatalito y sus habitantes. Sin que nadie lo esperase, acertó a regresar el zonto. Buscó trabajo, y encontró donde el maestro Justo Sánchez. El viejo antojo volvió cuando una tarde, por casualidad, se topó con la Macaria, ya a la entradita del

pueblo, frente al majonchal del Huerto Escolar. Desde ese instante no la dejó tranquila un sólo instante. La asedió, tenaz, porfiado. La esperaba en el camino, y la detenía a la fuerza. Ella le huía. Le tenía miedo, no tanto por él, puesto que las mujeres nunca olvidan a su «primer hombre», sino que por el pobre Albino, que era tan bueno, y al que quería «a su modo». Lo evitaba cuanto podía. Una tarde, viniendo ella de Tres Ceibas, lo topó ya llegando al callejón. La sombra comenzaba a empañar el cielo. El zonto venía borracho, gambeteándose, y meciendo el machete. Al verla quiso agarrarla. Ella se esquivó presta; pero el zonto corrió tambaleante, detrás, y logrando agarrarla del rebozo, la tiró violentamente. Luchándola, quiso arrastrarla al monte, ya sombrío. Ella gritaba. Casualizó que acudiera en su auxilio Timo Estrada, que volvía a La Junta, y él sujetó al zonto, mientras la Macaria, toda despechugada y con el rebozo rasgado, siguió su camino. Desde ese suceso la Macaria evitó, todo lo que pudo, la salida del rancho. Sólo cuando era muy urgente lo hacía. Mientras tanto el zonto se ponía cada vez más terco, más encalabrinado. Como que si la mujer, suya ayer, abandonada sin misericordia, hubiese cobrado hoy, por el solo hecho de ser ya de otro, un sin igual prestigio.

El día de la desgracia, la Macaria había ido al pueblo, con urgencia, a traer una medicina para la niña que estaba con la disentería, y aprovecharía la ocasión para hacer unos cuantos mercados. Volvía, pues, con su canasta de compras en la cabeza, bastante pasadito el mediodía. Asomaba al borde del canasto el verde tallo de los manojos de cebollas, el rabo tostado del atado de ajos, el cuello de la botella de manteca atarugado con

un pedazo de holote. Por el panteón viejo la alcanzó Juan de Dios, el de su compadre José Angel. Se le apreó, y se fueron juntos platicando. El sol caía de plano, como espaldarazo de fuego. El camino ardía, y quemaba como la plancha de un horno. Su paso levantaba turbias nubes de polvo.

—Apurémonos, Juancho, que y'es tarde.

Y la Macaria y Juancho zanqueaban de firme. Se oyó, a lo lejos, la campana de la Iglesia del pueblo que daba el cuarto. Sonó el pito de «El Angel».

—Andemos—repitió, casi jadeante, secándose el sudor con la punta del rebozo.

De pronto, al llegar adelantito del guatal de los Chavarría ya para entrar al callejón, vió al zonto, pegado al piñal, recostado en el tronco lustroso de un guayabo raquítico. Ella se puso livida. Seguramente estaba esperándola. Cuando la vió aproximarse, se adelantó hacia ella, y sin más ni más le agarró la mano. La mano apretaba, fuerte, como una tenaza. Al envió, el canasto rodó por el suelo.

—T'estaba asperando—le dijo— Queriya platicar con vos.

La Macaria forcejó por soltarse. Inútil. El puño del zonto apretaba cada vez más. La tironeaba fuerte, intentando arrastrarla a lo tupido del charral. La Macaria luchaba, luchaba desesperada. Comenzó a gritar pidiendo auxilio. Nadie la oía. Juan de Dios, sobrecogido de espanto, se agazapó tras unas parras de chupamiel cundidos de cajuelas doradas.

—Mirá! No si'as tan bruta. Yo me voy mañana onde los Bilanobas. Andáte con yo. Dejá di'una vez a ese peche tirisiento.

Y ella clamaba, con voz de congoja y de espanto:

—Ño! No quiero! Soltáme, o te muerdo!

Luchaban. El, por arrastrarla; ella resistiéndose. De pronto, el zonto lanzó un grito de dolor, y soltó presa. Los dientes de la Macaria se le habían enterrado en la muñeca como los colmillos de un perro. Aprovechando esa coyuntura, salió de carrera. Al verla escapar, el zonto se enfureció, y desnudando la hoja del machete zafó tras ella. Al tenerla a su alcance, le descargó un tremendo machetazo que le abrió la cabeza. Al ir a caer de bruces, el bárbaro tuvo tiempo de descargar otro golpe. El filo del machete se sesgó y alcanzó el hombro desgajándole el brazo, como rama al rudo azote del vendaval. Al verla caer, el zonto se quedó atelado. Vió que la sangre que manaba de las heridas corría sobre el barro petrificado; que en la cabeza de la muerta, las facciones del rostro se iban borrando bajo el cuajarón, cubriéndolo como de una máscara purpúrea. El sol caía sobre aquello y daba a la sangre un brillo de bermellón. El zonto sintió miedo; y arrojando por sobre el piñal el machete todavía húmedo, corrió, corrió por entre el guatal del maistro Justo Sánchez, en dirección al río, como quien buscara el cerro de Nejapa. Juan de Dios, medio loco de espanto, abandonó su escondite, y gritando llegó hasta el rancho más próximo, que lo era el de la nanita Ursula, la tía de las Guatas. Apenas pudo decir lo que había visto, y siguió su carrera, hasta parar en su casa. Acudió gente al lugar del crimen. Nadie se atrevió a tocar el cadáver. Hubo que esperar a que la autoridad llegara del pueblo, ahí bajo el rigor del sol. Sobre la piel livida, la sangre se había acabado de coagular. El cabello amasado con la sangre seca, formaba un casco rojo violeta. El enjambre de moscas zumbaba al rededor. Algún zope previsor, olfateando la

carroña, estaba al atisbo desde lo alto de un aguacate pelón. Cuando la autoridad reconoció el cadáver, lo trasportaron a donde debían. Días después del entierro de la Macaria, murió la niña. Damián la sepultó cerca de la madre, no lejos del puesto de ño Leandro Paredes. Vendió su carreta y su yunta de buyecitos, las faneguitas de maíz que tenía entrojadas para el gasto, sus trastos, mercados a fuerza de tanto afán. Abandonó su rancho, y buscó trabajo en Las Delicias, donde su tata tenía, de años ha, su rancho de colono. Del zonto no se supo hasta que la Guardia lo capturó siete meses después de cometido el crimen. Y ahora sabía que no sólo estaba libre sino que acababa de llegar al pueblo, que tal vez llegaría hasta Las Delicias con la aureola que en el campo dá el haber estado en la cárcel y haberla burlado con astucias....

El cuto Damián hizo un supremo esfuerzo por dominarse. Sentía que el corazón se le oprimía, que le iba faltando el aliento, que le zumbaban los oídos. Adquiría el convencimiento de que pronto iba a caer ahí mismo, desvanecido ante la burla, o la compasión de aquella gente que sabía su oculto, lacerante dolor. Hizo un supremo esfuerzo por dominarse. Y dejando quieto el machete entre sus piernas, levantó la cabeza. Clavó sus ojos zarcos y mansos, que tenían en ese instante humede-

ces de lágrimas, en el rostro paternal de ño Evaristo, y suspirando, resignado, exclamó:

—Seya por el amor de Dios! No boá poder nunca vivir en pas.

Y encojiéndose de hombros, en un gran gesto decisivo, agregó:

—No si'apene, ño Evaristo. Pol' alma de la difunta Macaria le juro que si' esta bes me busca el Zonto mincuenta, como hay Dios!

Y haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz, la llevó a sus labios, tremantes de emoción, y la besó en un gran beso de reconforto. Había en aquel gran gesto tal resolución, tal íntimo ardor, que la figura raquítica y cuasi ridícula del cuto Damián se agigantó; y nadie, ni el malvado del peche Albino, osó reír.

El cuto Damián se levantó, y se fué, sin agregar ninguna palabra más. Todos le vieron alejarse, en silencio, como impresionados ante aquel pobre diablo que el dolor, de pronto, convertía en un hombre completo.

Cuando la exigua silueta blanca del cuto Damián se borró tras un recodo del monte, camino del rancho de su tata, ño Evaristo se volvió hacia donde estaba el peche Albino, y le dijo:

—L'oiste, peche, asina si'habla. Onde menos se piensa mete su trompa el zorrillo.

El peche Albino, mordiéndose los labios y con los ojitos de taltuza inyectados de ira contenida, no se atrevió a contestar.

## LA CIUDAD EXTÁTICA

A ARTURO AMBROGI

POR JOSE GOMEZ CAMPOS.

Aquella ciudad, en la cual yo vine al mundo, es una ciudad tradicionalista, extática, y se cura bien poco del adelanto material—tan predicado en estos tiempos—para entregarse al recuerdo, melancólico y suave, melancólico y dulce, de las épocas pasadas.

La ciudad es así: melancólica, quieta, clara.... No sé por qué, con tales condiciones, no ha producido todavía un gran poeta, o uno de esos grandes escritores meditativos que dividen su tiempo en glosar a los clásicos, esas montañas de ternura y claridad que se llaman los clásicos, y contemplar las nubes vagorosas y eternas. Vosotros lo sabeis, lectores: las nubes, inmortales y huideras, atrajeron siempre la atención de los espíritus profundos y sueltos. Cervantes nos habla a cada paso de las nubes de antaño, si bien lo hace para referirse a cosas de las cuales no vale la pena ocuparse. Pero su frase, «como las nubes de antaño», rezuma siempre una melancolía inevitable: la vida, os lo digo a vosotros en voz baja, desde el momento actual hacia el

pasado, es eso: una nube de antaño.

Bien. Aquella ciudad donde yo vine al mundo es dulce, es clara, es quieta. Las nubes de hoy, como las de ayer, como las de hace siglos, pasan arrastrando sus sombras sobre los techos pobres, sobre la tierra humilde, y la ciudad sigue mirando

hacia el pasado. Tiene fe todavía en los santos adustos de su iglesia; pone aún su confianza en los ángeles indiferentes, de rostro ambiguo, de su iglesia.

Pasemos, lectores, un día en esa ciudad. Ya estamos en ella. En alguna ocasión he escrito: toda campanada aquí es clara como si la diera al aire una campana de oro. Una campana de oro, pues, está sonando. La aurora llega. El lucero del alba se está poniendo pálido. Urgidas por el reclamo de la campana, van

pasando mujeres en dirección al templo, y, como por lo fresco de la hora van envueltas en pañolones, si son viejas, y en chales, si jóvenes, vemos tan sólo, en la penumbra, las presurosas siluetas. Alguna voz, de vez en cuando, murmura un «Buenos días»....

## LA NIEVE Y EL AGUA

*Nuestro Bejarano Galavis y Nidos se halla sentado ante una mesita y con los pies—si es invierno—puestos sobre una recia estera de espario crudo. Se está bien en la estancia; un brasero le da cierta tibieza grata: por las ventanas se divisan las montañas cubiertas de nieve. Hay encima de la mesa un tintero, una pluma y unos papeles blancos. Nuestro Bejarano Galavis y Nidos va a escribir. ¿Como escribirá nuestro Bejarano Galavis y Nidos? ¿En ese estilo barroco, cargado, vacío, que encontramos en los eclesiásticos del siglo XVIII, o en el truculento, empedrado de vocábulos extraños, muchos de ellos traídos a redropelo, en que se expresa un Torres Villarroel? Está muy lejos Bejarano de Torres Villarroel—que él conoce—y de los eclesiásticos «elegantes» del siglo XVIII. ¿Que cómo ha de ser el estilo? ¿Pues el estilo... mirad la blancura de esa nieve de las montañas, tan suave, tan nítida; mirad la transparencia del agua de este regato de la montaña, tan límpida, tan diáfana. El estilo es eso; el estilo no es nada. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: Esto no es nada. Que piense: Esto lo hago yo. Y que sin embargo no pueda hacer eso tan sencillo—quien así lo crea—; y que eso que no es nada, sea lo más difícil, lo más trabajoso, lo más complicado.—Azorín.*

Llegan la mañana y tarde, siempre quietas: horas de las nubes errantes, de las glosas a los pensamientos de los clásicos. Y, al final de la tarde, el momento de «la oración», inolvidable. Las campanas dan entonces la señal de «la oración», tañendo con lenta solemnidad, y la mediatinta de la hora y la espectante quietud de la vida y el recogimiento del espíritu contribuyen a dar a los sonos la expresión de una plegaria desolada. Hay un instante de éxtasis, sólo turbado por la voz cascada de un anciano que dice:—¡Muchacho flecho, quitáte el sombrero, estate quieto!

Las horas de las siete a las nueve de la noche son las más dedicadas al culto de la tradición; horas para los tiempos idos, para las ideas y los sentimientos y la fe de otros días: horas en las cuales resurge del fondo de los recuerdos la figura del joven tío-abuelo llegado desde el lado de allá del mar cuando el General Malespín—alma del Don Quijote, corazón de behemio—hacía de su lanza la insignia del Poder en la República. Estamos en el momento de las narraciones, y cuando calla el narrador, los niños creen oír hacia el cuarto de los «telengues» («telengues»: cosas viejas) un ruido intermitente, como si se moviera, en sacudidas convulsivas, el pestillo del antiguo cotre, forrado en cuero y con tachuelas de bomba. Y se recuerda «La Tentación», «El Malo», las «ánimas en pena»....

«—Cuando en el año del temblorón estuvo sonando solo el Día de los Muertos, desde el amanecer hasta las tres de la tarde, ese pestillo, fuimos todos los de la casa a pagar una visita que dejó sin hacer mi comadre Sebastiana. Y cuando regresamos ya no sonaba el pestillo».

Siguen saliendo las pintorescas supersticiones de otros tiempos: «—cuando al tío mayor «le salió el Justo Juez», a media noche, en la forma

de un hombrecillo que fue creciendo, creciendo hasta sobrepasar las copas de los árboles, cosa ocurrida la misma noche del atropello de Vito Canducho en el Calvario por las yeguas brujas; cuando al primo Inacio lo asustó «La Sucia» (Sigüanaba), cuyos pies dejaban en la arena húmeda de las quebradas y los ríos una huella en forma de caracol; cuando el novio de la prima Dorotea, perseguido por la «Chancha Mala», se encontró con la «Carreta Bruja», que pasó estrepitosamente junto a él sin que lograra verla; cuando una bola de fuego, flotando en el aire a tres metros del suelo, acompañó a la viejecita no sé cuántos en una noche de lluvia por la cuesta de los sietes hasta el plan de las Espelmas»....

«El Justo Juez», «La Chancha», «La Sucia» y «La Carreta Bruja» actuaban indistintamente en los poblados y en el campo y gozaban de alguna simpatía de parte de los padres de familia por atribuírseles cierta tendencia moralizadora, pues «apartaban» a los trasnochadores y a los enamorados. Como se ve, tenían, simultáneamente, origen sombrío e intenciones buenas, y, en correspondencia lógica con esta doble índole, huían de la Cruz y perseguían a los malos, dejando así a la Cruz en una posición diplomática muy vaga.

Existían también los «espíritos del monte»: «El Gritón», «La Mona Bruja», «El Cadejo» y otros muchos. «El Gritón» era invisible y su grito resonaba en aire, a gran altura, pronunciando invariablemente el nombre Ambrosio.

Presentaban un rasgo común estos fantasmas: su temor a los tiros de pistola, que podían herirlos si se tomaba la precaución de grabar una cruz sobre la bala. Llegaban a sentir ese temor hasta los fantasmas domésticos, los que habitualmente *residían* en una misma casa.

En ninguna tradición, como en esta de trasgos y fantasmas, se puede ver mejor la confluencia y fusión de las tendencias religiosas de dos razas: los símbolos cristianos de los españoles andan íntimamente ligados con las sombrías personificaciones de las divinidades aborígenes.

Y mientras tanto el pueblo cree todavía en estas zarandajas, por impulso atávico, sin darse cuenta del

verdadero origen de su fe, por la cual suele verse alguna casa abandonada, pues sobre ella ha caído esta sentencia inapelable: ¡En esa casa asustan!

Este ambiente se respira, tales relatos se escuchan de labios de gente anciana, y a conclusiones así se llega en aquella ciudad, en aquella ciudad clara, dulce, extática, enamorada del pasado.

---

---

## Emoción Viviente

POR JOSE VALDES.

Yo soy una emoción a toda hora,  
una viva inquietud, una armoniosa  
emoción que se ignora.

Murió en mi carne el pobre «yo» egoista,  
con todo afán de gloria y de riqueza.  
Puedo decirlo: soy una conquista  
de la Naturaleza.

Ante el mundo me abrigan tres virtudes:  
hondo consuelo para las tristezas,  
ágil ensueño para excelsitudes,  
perdón y olvido para las flaquezas.

Ante mis ojos ábranse dos rutas  
atormentadas por fugaces tiznes:  
el amor con sus ansias absolutas,  
la Verdad, con el cuello de sus cisnes.

Y seré lo que soy, siempre y ahora,  
sobre el dolor del angustiado viaje:  
una emoción viviente que se ignora,  
un cantar armonioso ante el paisaje.

## SALARRUE

POR QUINO CASO

Siendo el objeto de este Boletín dar a conocer en el extranjero el movimiento intelectual del país, empezamos ahora por presentar a los hombres que más se han esforzado porque este movimiento adquiriera fuerza y estabilidad en nuestro medio.

Damos principio con Salarrué, que es, entre los jóvenes de la última generación literaria, en quien mejor encaja esa palabra, «intelectual», que entre nosotros ha adquirido una acepción vacía, pues intelectual, en el alto sentido de la palabra, deberá ser aquel que mejor y con más frecuencia ejercite su intelecto en beneficio del Arte, y no cualquier empedernido escritorzuelo de los que tenemos por estas tierras a docenas.

Con Salarrué, en efecto, se obtiene el verdadero tipo del intelectual. Intervienen en su formación tres tendencias culturales, a saber: una mística, fruto de sus lecturas y de la natural predisposición de su espíritu para buscar la verdad siguiendo los mismos senderos que recorrieron los grandes maestros, tales como Zoroastro, Bhuda, Jesús, San Francisco de Asís, etc.; otra, puramente intuitiva, y es aquella en que su espíritu se crea un Mundo para sí, hecho a su semejanza para moverse en él a su albedrío; y

otra, la del hombre, amante de las cosas ambientes y deseoso de dejar plasmadas—en la cera maravillosa de las palabras—esas cosas que le son queridas, con todas sus virtudes y todos sus defectos.

Estas tendencias están palpables en el Salarrué filósofo, en el Salarrué poeta, y en el Salarrué regionalista. Sus libros «El Cristo Negro», «O'Yarkandal» y «El Señor de la Burbuja», así como sus «Cuentos de Barro» publicados en algunos diarios y revistas del país, confirman este aserto. Cada uno de esos libros nos da el detalle preciso para conocer a Salarrué en su triple aspecto y darnos una idea de la recia contextura intelectual de este inquieto investigador que no pasa de los treinta y tres años.



En el «Cristo Negro», que es una leyenda bordada alrededor de la imagen del Señor de Esquipulas, Salarrué filosofa acerca de esta idea, síntesis de su novela: «Haré todo el mal que los otros pudieran hacer, para evitar que los otros caigan en pecado y pierdan su alma». Así, este moderno Cristo roba, para entregar lo robado a quien intentaba robar; asesina, para evitar que otras manos se ensagrienten; se hace sacrilego para evitar que otra criatura caiga en sacrilegio. Este Cristo paradójico, especie de

Quijote adolorido, va sembrando el mal para evitar que otros lo siembren; es un espíritu ansioso de atraer sobre sí todas las responsabilidades de los demás, para que éstos sean felices y así va gastando su vida, hasta que un día la horda incomprensiva, que no puede llegar a ver lo que se esconde en aquel grandioso espíritu, le escarnece como a Cristo, y como a Cristo, le hace morir crucificado.

De el «Cristo Negro» a «O'Yarkandal» hay una enorme distancia. Ni estilo, ni fondo, ni forma, se parecen. Quien leyera uno y otro libro sin saber por quién fueron escritos diría que cada una de ellos era la obra de un escritor diferente. En «O'Yarkandal» Salarrué se nos manifiesta como un artista de imaginación estupenda. Hay, en las veintidós narraciones de este libro, un caudal de imaginación sólo comparable al de la Scherazada de los cuentos orientales. En efecto, el «Narrador Saga» no es sino una Scherazada más sutil y más moderna. Para darle vida a este Narrador, Salarrué ha tenido que dar forma a un nuevo mundo, resucitar, nada menos, la perdida Atlántida, y en ese bosque de fantasía, presentido por Platón hace unos 2.500 años, nuestro joven escritor hunde su espíritu y nos extrae de él, como un pecesillo de colores, a este exótico Narrador de cosas bellas.

De Salarrué ha dicho Masferrer: «He pensado que en su pluma hay virtud para un libro como LAS MIL Y UNA NOCHES; del cual, sin embargo, no hallo en el de Ud. reminiscencias»; y del libro: «Si yo buscara una frase para sintetizar la impresión que me causó su libro, me parece que sería ésta: DELEITES PARA EL OJO Y PARA EL OIDO». Ambos juicios nos parecen acordes con nuestro modo de pensar. El libro de Salarrué,

en efecto, da la sensación de algo que, al mismo tiempo, se vé y se oye. Tiene la virtud de darnos a un tiempo mismo la música y el espectáculo, como una ópera en la cual, conjuntamente, gozan el oído y la vista ante la representación plástica de los sonidos.

En «El Señor de la Burbuja», Salarrué se nos manifiesta reflexivo. Su novela concretase a afirmar la idea de la omnipresencia de Dios en cada uno de nosotros y a demostrar la omnipotencia de ese Dios por medio del acrecentamiento de la fé y la educación de la voluntad. Es un libro regional por la forma, pero universal por la ideología. El paisaje salvadoreño está tan bien descrito, que el lector puede imaginarse perfectamente el desarrollo de la novela en tal o cual región, pero sus personajes centrales pueden moverse en cualquier escenario.

«Cuentos de Barro» son relatos donde el escritor se revela como un verdadero regionalista. Los temas de estos cuentos son de un acentuado sabor criollo. Recuerdan, de vez en cuando, al autor de «El Libro del Trópico», pero con diferencias esenciales. Hay, entre estos cuentos, verdaderas joyas, como «La Botija», «El ductor Cornejo», «El cobija», «La Pesca». En ellos los tipos criollos y el paisaje están perfectamente acabados. Salarrué auna el subjetivismo y el objetivismo en este volumen, ya que hay cuentos en los que ambas tendencias se alían.

Tal es Salarrué. Empezó a manifestársenos allá por 1922 en la revista «ESPIRAL» y ha seguido colaborando en diferentes revistas y diarios del país. Últimamente trabaja en «PATRIA» y en «VIVIR» (Diario-Revista de esta ciudad) publicaciones en las que se define como periodista de fuste, de cultura sólida y fluidez. Sus artículos

son siempre interesantes, por la diversidad de temas y la manera correcta como trata los asuntos. También ensaya, y con buen éxito, el teatro. «La cadena», comedia en un acto que representó la Escuela de Prácticas Escénicas en 1929, da una idea de ello. Es también pintor. Sus exposiciones de óleos, acu-

relas y tapices, le han valido justos elogios.

Insistimos: con Salarrué se obtiene el verdadero tipo de intelectual. Quiera la Vida conservarnos a Salarrué por muchos años, ya que en él hay madera para un futuro maestro, legítimo director de ciencias.

---

## Nirvana Crepuscular

*POR CARLOS BUSTAMANTE*

Crepúsculo sin riberas,  
bahía espectacular.  
Las emociones sinceras  
como que quieren llorar.

Rada de ensueño marino,  
donde el alma desolada  
es una vela de lino  
al misterio desplegada.

¿Dónde una estrella remota.  
lúcida isla de cristal?  
El alma sin rumbo flota,  
náufraga sentimental.

## CUENTOS DE BARRO

## LA BOTIJA

POR SALARRUE

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca.

—¡Hijo, abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?

—¡Ques necesario que te oficiés en algo; ya tas indio entero!

—¡Agüén!

Algo se regeneró el holgazán, de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un *cuenterete*.

Era un como sapo de piedra que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso!—llegó diciendo, y se carcajeaba:—¡Maramente el tuerto Cande....!

Y lo dejó para que jugaran los *zipotes* de la María Elena. Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto y en viendo el sapo, dijo:

—Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se encuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas diero.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro y tiró por un lado una escupida grande como un *caite* y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombre. Vos vas arando y ¡plosh!, de repente pegás en la huaca, y yastuvo; tiacés de plata.

—¡¡¡Achís, en veras, ño Bashuto?

—¡Comolois!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas y se fué en humo. Ense-

guiditas contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales él vía presenciado «con esos ojos». Cuando se fué, se fué sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecin-

dad, sin resultados nutritivos. Comió majonchos robados y se decidió a buscar botijas. Para ello se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fué como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar—por lo menos sin darse cuenta—y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la manquera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando el suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbullos de

## INVIERNO

*Brumoso el ideal, la carne inerte....  
Para otros dieron lana las vicuñas....  
En este invierno—macho de la muerte  
¡Cuántos nos hemos de comer las uñas!*

*Tres meses de hospital a leche cruda  
o terminar mendigo y en muletas:  
¡hoy esta noche dormirás desnuda  
mientras se mueren de hambre los poetas!*

*Se cuentan casos extraordinarios  
de los que el frío flageló sintestro:  
¡con estos casos se hacen hoy los diarios....!*

.....  
*¡Tal vez mañana se refiera el nuestro!*

*Vicente Rosales y Rosales.*

tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. «Pa que nacieran perezas»; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba, él buscaba las botijas de bambas doradas, que hacen ¡plocosh! cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro como el aguá del charco cuando el sol comienza a *ispíar* detrás de lo del *ductor* Martínez, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros, donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se fragan las estrellas, hasta la hora en que el *guas* ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, puya el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la botija como un trapo de amor y ocultamiento.

Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, «por si acaso».

Ninguno de los colonos se sentía con ligados suficientes para llevar a cabo una labor como la de José. «Es el hombre de fierro,—decían—ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca....»

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que en realidad tenía una huaca. Lo que él buscaba sin desmayo era una botija, y siendo como se decía que las enterraban en las

aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, los mandaba descansar y se quedaba arando por ellos, y lo hacía bien, los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados* y *profundos*, que daban gusto.

Pasaron los años y la botija no aparecía. «¡Onde te metés babosada!»—pensaba el indio, sin darse por vencido.—«Y té de topar unque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos!»

Y así fué; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dió cuenta de que ya no había botijas. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la manquera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro «volteando a ver al indio embruecado y resollando el viento oscuro».

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. *Dende* que vía finado la Petrona, vivía ingrimo en su rancho. Una noche, haciendo *juerzas* de tripas, salió sigiloso llevando en un cántaro viejo su huaca. Se agachaba detrás de los *matochos* cuando oía ruido y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quedaba a ratos rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir, liadas en un suspiro, estas palabras:

—¡¡Vaya, pa que no se diga que ya nuai botijas en las aradas....!!

FOLK-LORE SALVADOREÑO

## LCS TROMPOS

POR FRANCISCO ESPINOSA,

Hay dos clases de trompos: el torneado y el hechizo. El trompo torneado lo fabrica el carpintero, de huachipilín u otra madera fina. Es largo y se vende a los hijos de familias ricas, como juguete de lujo. El trompo hechizo lo fabrica su dueño o el padre de éste. Maderas preferidas para ello son: el guayabo, el naranjo y el huachipilín.

Encontrada la madera, se labra el cilindro del tamaño que se quiere dar al trompo. Este cilindro no debe tener nudos ni rajaduras. Después de labrado, se le introduce en el centro de una de las caras planas, el clavo. Hay que procurar que el clavo entre derecho; de lo contrario, el trompo resultará «tatarata».

Luego viene la devastación del cilindro, por un lado, hasta formar un cono que ocupa las tres cuartas partes del trozo. A continuación se pule la superficie del cono con pedazos de vidrio y se alisa en las piedras la punta del clavo, para que no lastime la mano del dueño. La parte superior se acomba o se deja intacta, según el gusto de cada cual. Algunos trompos reciben barniz de camotillo o de anilina.

El cordel para bailar el trompo se forma con hilo torcido. Debe ser suave y flexible. Suele untarse de grasa o cebo para que no se destuerza. En uno de los extremos lleva un nudo y en el otro una gasa donde el dueño del trompo mete el dedo cordial de la mano con que lo baila.

Bailar el trompo es cosa aprendida. No se adquiere tan pronto

semejante destreza. Hay muchachos que poseen habilidad en grado superlativo. Lo arrojan de modo que quede bailando cerca de ellos, lo toman en la mano, se lo pasan a la uña y lo vuelven a la palma sin dificultad.

Adherida la punta del cordel en la punta del trompo, comienza a enrollarse aquél hasta que se cubre toda la superficie del cono. No debe quedar el cordel ni flojo ni apretado. Enseguida se toma de «pico» o de «culo», según la costumbre, y se arroja contra el suelo a una distancia igual a la longitud del cordel.

Hay varias maneras de bailar el trompo. Al golpe cuando se juega un «pique». A la «pasarralla», cuando se apuesta con dueños de trompos «pasarralleros». Y a «sacar», cuando se quiere desalojar un trompo del centro del «calazo».

Se dice que un trompo es «de la uña» cuando puede cogerse, bailando, entre los dedos índice y pulgar y se sitúa en el ángulo interno de la uña del pulgar. El trompo es «del cordel» si al estar bailando en el suelo permite que se le levante con el cordel, enrollado éste con una vuelta alrededor del clavo. Algunos trompos bailan a lo largo del cordel extendido por las manos del dueño.

\*

Uno de los juegos más comunes es el «pique». En el patio de una casa o en la calle se reúnen varios dueños de trompos. Cada uno tiene el de jugar y el «pagaley» para el caso de perder.

Se traza primero un pequeño círculo en el centro. A buena distancia, el «calazo» que es un círculo trazado con el pie: el talón sirve de centro y con el dedo gordo encorvado se forna el círculo. Quien lo traza gira sobre el talón en una vuelta completa.

Los jugadores arrojan su trompo bailando, con dirección al círculo pequeño. Aquel que pica más distante del círculo es el que pierde y pone en el suelo su «pagaley o su trompo de jugar si no lo tiene.

La tarea de los jugadores consiste en conducir hasta el centro del «calazo» al trompo del perdidoso. Esto se hace a golpes de trompo bailando en la palma de la mano. Si un jugador no logra que su trompo baile al ser arrojado, pierde y pone su «pagaley o su trompo de jugar. También pierde el que no consigue coger del suelo, con la mano extendida y vuelta al derecho, el trompo que baila. Y el que al arrojar un trompo bailando contra el «pagaley», no le pega.

Una vez en el centro del «calazo», hay que sacarlo de un golpe dado con el trompo arrojado contra él. Si el «pagaley» queda dentro del círculo, se pierde. Si se saca el «pagaley» pero el trompo arrojado no queda fuera y bailando, también se pierde. Es preciso conseguir las dos cosas; es decir, lo que se llama «afuera y bailando».

Suelen apostarse 10, 20 o más calazos. Un calazo es un golpe que se da sobre la cabeza de un

trompo con la punta de otro. Para facilitar el trabajo, se entierra el trompo del perdidoso. Algunos jugadores pegan tan fuertemente los calazos, que rajan el trompo víctima.

Una partida de trompos dura según el número de los jugadores y la distancia del pique al «calazo». También influye la destreza de los jugadores.

\*

Es prohibido dar calazos a los lados del trompo. A los que no tiran cuando el trompo se halla en el centro del «calazo» por miedo de no acertar, se les retira del juego. Estos suelen pasar el tiempo en enrollar el cordel, mientras los demás tiran. Algunos dejan flojo el cordel para que se les safe.

Los que cojen el trompo mientras baila en el cordel, se arriesgan a que el trompo salte y les golpee la cara. Resulta peligroso para los transeúntes y los jugadores el juego de la «pasarralla», porque no todos los jugadores tienen habilidad para arrojar el trompo. Hay a veces golpeados.

Es tan entretenido el juego de trompos, que los muchachos se olvidan hasta de comer. Un buen trompo dura muchos años y se le estima como una joya.

San Salvador, abril de 1932.

## EL PANAMERICANISMO Y EL DOCTOR JACINTO CASTELLANOS

POR M. CASTRO RAMIREZ.

Cuando por esfuerzos de Blaine —espíritu elevado y generoso— logró reunirse en 1889 la Primera Conferencia Panamericana, Europa vió con recelo, y más que con recelo, con repugnancia, aquel primer esfuerzo para cimentar la unión entre las naciones americanas.

Y la prensa de allende el Atlántico fulminó rayos y centellas contra el anhelado Panamericanismo.

Austria, frescas aún sus tentativas de alianza, hizo pública su desaprobación.

En España llegóse a pensar que debió su Ministro diplomático en Washington regar dinero en el Senado para que la idea fracasara.

THE SPECTADOR, de Londres, entre otras cosas decía: «NOSOTROS SENTIMOS UNA PROFUNDA COMPASION por los delegados del Congreso Panamericano». LE VOLTAIRE, profetizó: «que la concepción política y económica de Blaine no se encontrará nunca en el campo de la realidad»; LE BATALLE, calificó la Conferencia: «de un gran proyecto al agua»; y LE MATIN nos arremetió con crudeza: «Aun cuando la América Latina tuviese interés inmediato en abandonarse en las redes que le tiende el coloso del Norte, es poco probable que no tome en cuenta las consecuencias desastrosas que el establecimiento de un *zollverein* americano traería infaliblemente para ella, en un porvenir próximo».

Nos cuenta Orestes Ferrera, de quien tomamos las citas anteriores,

que el coro de voces agresivas se hizo tan general y uniforme en el continente europeo, que el Delegado salvadoreño, el ilustre hombre público, doctor D. Jacinto Castellanos, se vió precisado a hacer declaraciones en el *New York Herald*; declaraciones que se estimaron entonces como el sentir general de los delegados latinoamericanos.

He aquí las frases vivas y enérgicas de nuestro honorable compatriota: «Nosotros no nos dejaremos influenciar en absoluto por las amenazas de los periódicos ingleses y de otras naciones. Cuando los países sur y centroamericanos estudiaban los fines de la Conferencia, no se dejaron imponer por la prensa europea, que quería evitar su éxito. Nada ha valido».

En ese ambiente de hostilidad extra-continental se desarrolló la primera Conferencia Panamericana; y es curioso el fenómeno que se presenta a la vista del observador imparcial y sereno: ahora no es Europa la que censura ni abomina del panamericanismo; es América misma la que reacciona, y la que pide mayor justicia, mayor comprensión, más realidad en el vínculo panamericano.

América anhela un lazo de unión moral que no ahogue ni aniquile. Mientras ello no se logre, debemos de lamentarnos siempre de que no se haya realizado el hermoso ideal que, sin duda, alimentó aquel compatriota distinguido que en su vida se llamó D. Jacinto Castellanos.

## AGAR O LA VENGANZA DE LA ESCLAVA

POR FRANCISCO GAVIDIA

Don Francisco Rodríguez de Rivas, maestre de campo de los reales ejércitos, corregidor de Riobamba, en el antiguo reino de Quito, tomó posesión de la Presidencia de la capitania general de Centro-América el día 4 de octubre de 1716. Pues bien, ese mismo año se casó. He aquí lo que nos interesa. Cuando don Francisco empezó a requerir de amores a doña Rosa, ésta, para tener fácil comunicación, había ordenado a su esclava Agar el mayor secreto en los asuntos en que la mezclaba: estos eran llevar y traer esquelas y razones y flores y lazos y rizos: ¡qué sé yo! Agar era una negra agradable: las sortijas indestructibles de sus cabellos se recogían como manajo de virutas de azabache formando airoso moño; su frente y sus pómulos, suaves y relucientes, tenían la pureza de un cristal negro bruñido; la nariz, sin dejar de ser aplastada, se movía con la respiración de su pecho en un vaivén ardoroso y apasionado que inspiraba secreta dulzura y afán en quien la veía. Alta, airosa, casi elegante; algo había de muy distinguido en aquella mujer. La historia de Agar se reduce a pocas palabras. De reina pasó a esclava. La reina en Africa vino a ser esclava en América. Esto ha sucedido con mucha frecuencia.

Cuando Agar presentó al de Rivas el primer recado de su ama, los dos temblaron. El presidente era joven aún, sus ojos eran fuego atraedor; su porte y su talante, caudal de sueños nupciales de las guatemaltecas. Podría haberse entendido con doña Rosa mano a mano, en los bailes y saraos; pero en aquellos tiempos ésto era poco elegante: en asuntos de amorios debían andar en medio las esquelas y las terceras. Los dos temblaron, dije. El presidente se olvidó de la ama, y allí fué lo de vacilar ante aquella negra majestuosa, que le miraba con la nobleza de un ángel de Africa; el pie le asomaba por debajo de una enagua corta de

muselina blanca, oprimido por un zapato ancho de la punta y acuchillado; los brazos de ébano oprimían las ajorcas de oro; su garganta ceñía un terciopelo sembrado de perlas. Don Francisco había leído el Cantar de los Cantares y creyó estar viendo a la Sulamita de Salomón. Agar era la favorita de doña Rosa: el lujo de la favorita venía en abono de la señora y los ducados de ésta le permitían esos caprichos: esto no era raro en aquel tiempo.

—Agar!... dijo el hombre. Agar le tendió la carta de su ama, con un movimiento de estatua. El pre-

### EN UN ALBUM

(VERSOS EN IDIOMA SALVADOR.)

*Conserva tu deseo,  
Crystal en que arde misteriosa flama,  
Lámpara de un oculto Prometheo;  
En el ara, ante el nùmen, pura llama.*

*Myrrah, sándalo, goma,*

*Un bálsamo mirífico, cynama  
Que concentra su aroma;  
Dulce secreto e ignorada historia,  
Solitario palladium y amuleto....  
¡Deseo sin objeto*

*Son el Arte y la Gloria!  
Qué suave la hermosura  
Que en oración eterna se consume!  
Flores que no dan fruto las más bellas!  
La rosa sólo vive de perfume!  
Así arden solitarias las estrellas!*

*Francisco Gavidia.*

sidente estrujó la carta, y Agar se sonrió: había tanta nobleza en sus ademanes, que desaparecía en ella completamente su condición de esclava.

—Te amo. —No puedo amarte. —Oye, esclava, serás siempre la favorita. Agar levantó la cabeza con desdén: —No puedes ser mi esposo. El español se sintió herido; pero no se rió: —Esclava, soy caballero. Agar contestó: —Vasallo, soy reina. La esclava pronunció estas palabras de modo que fue imposible replicarle. Enseguida añadió con una voz ahogada: —Blanco, la hija del sol africano es tuya. Júrame no unirme a otra mujer. El caballero tenía los ojos como llamas, la respiración rendida por embriagador cansancio, la sangre botando furiosa por las venas de desapasible tirantez: —Lo juro, Agar. —Rooth, el dios de los nubios, es vengativo con los perjuros, dijo la negra arrojándose en los brazos del blanco, respirando voluptuosidad y deseo.

\* \*

He aquí que doña Rosa se casó ayer con el señor don Francisco Rodríguez de Rivas.

Agar pasó una noche horrible. Su ama le ha ofrecido conservarla, aunque casado, en el mismo puesto que antes; quererla siempre, nunca separarse de ella. Agar sintió que toda su sangre, quemada por el sol de la Nubia, se revelaba en deseo criminal inacabable. Aquella noche se durmió tarde y tuvo sueños monstruosos: su ama tomaba el aspecto de una fiera que le devoraba los pechos. Dormía la negra en un cuarto vecino a la alcoba de los recién casados: un trueno no la habría despertado, porque dormía profundamente; pero un beso salido de aquella alcoba la puso en espantoso sobresalto.

Enseguida sucedió un asalto de demonios: empezó el recuerdo de aquella ocasión en que se había entregado: aquel pasado tan corto y tan rápido se tornaba inmensamente tumultuario: aquellos recuerdos eran de una pesadumbre fatigosa: los besos tenían figas: los brazos que se enlazaban en aquellos abrazos eran culebras espeluznantes: todas aquellas caricias eran sanguijuelas que le mordían el alma. La negra abría los ojos en la sombra y se retorció en desesperada convulsión como una condenada. Por fin amaneció. Se levantó de prisa y se fué a espiar por el ojo de la llave de la alcoba donde dormían los recién casados. Enseguida salió al jardín y se puso a ver el sol. Cualquiera que la hubiera visto la cara en aquel momento habría dicho: ésta ha pasado la noche en el infierno.

Ruégoo, hijas de Jerusalem, que no despertéis a mi amada, la de los pechos blancos como dos gamitos mellizos. Rosa se despertó muy tarde, muy tarde: tente Romeo; que tarda mucho en venir el sol todavía.

\* \*

Rooth, el dios de la Nubia, es vengativo con los perjuros. Agar se llamaba en la Nubia Roukc, que quiere decir puñal de piedra. Agar, mientras miraba al sol, pensaba en su venganza. Ir, entrar, asesinarlos antes que despertaran, en el mismo lecho nupcial, era muy poco para ella; ¡cuánto daría ella misma por morir así! Ella había pensado en la muerte cuando antes de las bodas de su amante, había recibido sus desprecios y su burla. Pero ¡pensar que ellos quedaban vivos! No se mató.

Seis meses habían pasado desde la noche de la boda. Agar se había deslizado en este tiempo con

una astucia de vibora. Sonrisas para la ama, respeto profundo pero afectuoso para su señor que ya no veía en ella más que una esclava cualquiera, que ya lo había olvidado todo; el servicio, pronto y cariñoso para su señora: ¡qué buena es Agar! ¡la primera de las esclavas, Agar! Aretes de oro para Agar, en Corpus; chal de seda, medias color de rosa, zapatitos de raso para Agar! Agar y su señora tienen entre sí secretos reservados. ¡Qué secretos, ya lo sabréis!

Agar disimula. Un día su señor ¡la creía tan buena! Llegó hasta recordarle cierta cosa y con sonrisa sordónica le dijo al oído: *su majestad la reina*. Agar se humilló como una perra.

\* \*

Agar y su ama tenían unos secretos espantables. La esclava le había dicho con aire disraído, estando asomadas a un balcón: no os parece que es agradable ese joven de jubón encarnado: se dice que es el más elegante caballero de Guatemala. Rosa no hizo caso. La esclava fué al joven y le dijo lo que había sucedido. El joven volvió a pasar. Agar repitió sus palabras mucho más distraída que la vez anterior. Rosa dijo: —¡Qué hermoso es! La esclava fue al joven y le dijo lo que había sucedido: Agar y su ama se tenían unos secretos espantables.

Un día el señor don Francisco Rodríguez Rivas, había hecho un viaje. A su mujer se le sale el corazón del pecho: la esclava se acerca a ella y aunque están solas le dice al oído: ya vendrá. La esposa tiembla:—Que no llegue, se atreve a decir. —Entonces le diré que no llegue. —No, déjale que llegue, no haré más que verle, Agar; siquiera verle. —Señora, le dice Agar, ese joven es mucho más

hermoso que vuestro marido; pero vuestro Dios manda amar al hombre propio únicamente.

—Le veré únicamente; oye.... unos pasos.... dile que no entre.... La esclava finje que va a salir. —No, déjale: no dirás nunca nada, ¿no es verdad? Un joven se presenta al dintel: elegante, soberbio: la capa recogida en garboso pliegue sobre el hombro, el sombrero en posición atrevida adornado con un manojo de plumas que caen en comba bizarra sobre el aire: Adonis hecho el caballero está viendo a su amada desde la puerta con una mirada que es imán poderoso de debilidades femeniles: habla y sus palabras son tan dulces como las de sus esquelas: la beldad vacila de rubor y de miedo y se apoya en el brazo que le ofrece su amante: la esclava que ha estado acurrucada en un rincón, se levanta y desaparece: —No me dejes sola, dice ahogadamente la dama: la esclava finje no oírle, y se queda tras la puerta escuchando. Desmáyase la esposa, cójela en sus brazos el apasionado joven y desaparece por la puerta de la alcoba con su dulce carga: Agar los mira entrar y se ríe como un demonio.

\* \*

Volvamos un poco atras. Trap, trap, trap, rápido va camino de Quezaltenango el señor Presidente don Francisco Rodríguez de Rivas. Un hombre le sale al camino: Tomad, señor, le dice. «Tu mujer te falta en estos momentos», dice el condenado papel. Vuelve la vista: el emisario de la deshonra ha desaparecido. ¡De vuelta! Trap, trap, trap, el caballo corrió tanto, que al llegar a la puerta de la casa rodó muerto, dejando a su amo en pie, quien se precipitó dentro con una energía temible,

Atraviesa los corredores, penetra en los salones, llega a la puerta de la alcoba: allí está Agar tendida de través, guardando la puerta. —¿Qué haces allí, esclava? le pregunta. Agar vuelve los ojos en horrible convulsión: con la diestra empuña el vaso de veneno que ha apurado, y sostiene con la siniestra la puerta, defendiendo la entrada. —¿Qué haces, esclava? Agar hace un esfuerzo y habla: —Infamia por infamia: ya lo veis, guardo vuestra deshonra. Y luego añade fríamente: —¿Recibisteis mi llamamiento? El caballero da un rugido, y la esclava, sosteniendo la puerta con aire sardónico, em-

pieza a estirarse con las convulsiones de una agonía infernal.

Allí empezó una lucha espantosa: él quería entrar y la esclava se agarraba de la puerta con las uñas, y al mismo tiempo luchaba con la muerte y con el caballero: era aquello horroroso. Por fin la negra soltó la puerta y se desplomó. El caballero puso el pie en el cuello de Agar y penetró en la alcoba: allí no había nadie. Los amantes se habían escapado.

El caballero dió un alarido y al volver a la puerta no encontró más que a la esclava muerta, con los ojos abiertos, que le miraba.

## Las Bibliotecas más importantes

### *Europa*

París.—Biblioteca Nacional.  
Londres.—Biblioteca del Museo Británico.  
Petrogrado.—Biblioteca Imperial.  
Berlín.—Biblioteca Real.  
Madrid.—Biblioteca Nacional.  
Viena.—Biblioteca Real e Imperial.  
Estrasburgo (Francia).—Biblioteca de la Universidad.

Copenhague (Dinamarca).—Biblioteca Real.

Viena.—Biblioteca de la Universidad.

Oxford (Inglaterra).—Biblioteca Universitaria.

Cambridge (Inglaterra).—Biblioteca Universitaria.

Bruselas.—Biblioteca Real.

Stuttgart (Alemania).—Biblioteca Real.

Munich (Alemania).—Biblioteca de la Universidad.

Varsovia (Polonia).—Biblioteca de la Universidad.

Florenca (Italia).—Biblioteca Nacional Central.

Dresde (Alemania).—Biblioteca Pública.

Atenas (Grecia).—Biblioteca Nacional.

Venecia (Italia).—Biblioteca Nacional.

Budapest (Austria).—Biblioteca Nacional.

Lisboa (Portugal).—Biblioteca Nacional.

Roma.—Biblioteca Apostòlica del Vaticano.

Roma.—Biblioteca Nacional Central.

Nápoles (Italia).—Biblioteca Nacional.

Copenhague (Dinamarca).—Biblioteca de la Universidad.

Lieja (Bélgica).—Biblioteca de la Universidad.

Turín (Italia).—Biblioteca Nacional.

Birmingham (Inglaterra).—Biblioteca Pública.

Estocolmo (Suecia).—Biblioteca Real.

Dublín (Irlanda).—Biblioteca de Trinety College.

Basilea (Suiza).—Biblioteca Universitaria.

### *América del Norte*

Nueva York.—Bibliotecas Públicas (reunidas).

Washington.—Biblioteca Nacional del Congreso.

Boston.—Biblioteca Pública.

### *América Central y del Sur*

Río Janeiro (Brasil).—Biblioteca Nacional.

Méjico.—Biblioteca Nacional.

Santiago de Chile.—Biblioteca Nacional.

Buenos Aires (Argentina).—Biblioteca Nacional.

Bogotá (Colombia).—Biblioteca Nacional.

San José de Costa Rica.—Biblioteca Nacional.

La Plata (Argentina).—Biblioteca de la Universidad Nacional.

Quito (Ecuador).—Biblioteca Nacional.

Montevideo (Uruguay).—Biblioteca Nacional.

Lima (Perú).—Biblioteca Nacional.

Habana (Cuba).—Biblioteca de la Sociedad Económica.

Habana (Cuba).—Biblioteca Nacional.

Caracas (Venezuela).—Biblioteca de la Universidad Central.

Santo Domingo (Dominicana).—Biblioteca de los Amigos del País.

Guatemala.—Biblioteca Nacional.

Guayaquil (Ecuador).—Biblioteca Municipal.

San Salvador.—Biblioteca Nacional.

La Paz (Bolivia).—Biblioteca Nacional.

San Juan de Puerto Rico.—Biblioteca Pública Municipal.

*Obras recibidas durante el mes de abril de 1932,  
para fundar la Sección Mexicana*

**Secretaría de Educación  
Pública de México**

«Noticia estadística sobre la Educación Pública en México», correspondiente al año de 1928. 2 ejemplares empastados.

«Noticia estadística sobre la Educación Pública en México» correspondiente al año de 1927. 2 ejemplares empastados.

«Boletín de la Secretaría de Educación Pública» No. 5 de marzo de 1931. 2 ejemplares.

«Boletín de la Secretaría de Educación Pública» No. 8, de junio de 1931. 2 ejemplares.

«El Carnaval», por Higinio Vásquez Santana y J. Ignacio Dávila Garibí. 1 ejemplar.

«Homenaje de México al poeta Virgilio, en el segundo Milenario de su nacimiento». 1 ejemplar.

«Calzado Mexicano: Cactlis y Huaraches», por Gabriel Fernández Ledesma. 1 ejemplar.

«Breves apuntes sobre la Escultura Colonial de los siglos XVII XVIII. 1 ejemplar.

«Historia de la Canción Mexicana», por Higinio Vásquez Santana. 1 ejemplar.

«Monografía Posada» de 106 grabados de José Guadalupe Posada, con Introducción de Diego Rivera. 1 ejemplar empastado.

«Calendario Bilingüe de Fiestas Típicas de México para el Año de 1931. 1 ejemplar.

«Boletín Oficial de los Estados Unidos Mexicanos» No. 12. 1 ejem.

«Historia de la Canción Mexicana». 1 ejemplar.

«El Carnaval». 1 ejemplar.

«Calendario Bilingüe». 1 ejemplar.

«Obras de Othón». Tomo I y II.  
«La Cuestión Religiosa en relación con la Educación de México», por José Manuel Puig Casauranc. 1 ejemplar.

«La Escuela Mexicana», por Ezequiel Padilla. 1 ejemplar.

«La Educación del Pueblo», por Ezequiel Padilla. 1 ejemplar

«Monografías de Arte», No. I y II 1 ejemplar de cada uno.

«Monografía Posada». 1 ejemplar empastado.

1—Ejem. «Esos hombres» Comedia Dramática en tres actos, por Catalina D'Erzell.

1—Ejem. «Apasionadamente» Novelas Cortas, por Catalina D'Erzell.

1—Ejem. «La Gente no sabe» por Raúl E. Baethgen.

**J. Leonardo Ramos**

«Cuatro discursos y tres artículos periodísticos del Lic. Alfonso F. Ramírez». 1 ejemplar.

«Homeoterapia» Tomo I, No. 2, junio 10 de 1928. 1 ejemplar.

«El Maestro», Revista de Cultura Nacional, No. 3. 1 ejemplar.

«Reseña de los festejos organizados por la colonia oaxaqueña en la ciudad de México, con motivo del Centenario de la fundación del Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca». 1927. México, D. F. 1 ejemplar.

«El Maestro», Revista de Cultura Nacional Nos. 4 y 5. Tomo III 1 ejemplar.

«La Renovación Social y La Mujer», por Leonardo Ramos. 1 Ejem.

**Martín Gómez Palacio**

«El Mejor de los Mundos Posibles. Romance de Episodios Nacionales», por Martín Gómez Palacio. 2 ejem.

**Secretaría de Hacienda****v Crédito Público**

«Boletín del Ramo de Aduanas», Segunda Epoca, No. 29, noviem-

bre y diciembre de 1931. 1 ejemplar.

«Boletín de Informaciones», de octubre de 1931, No. 196. 1 ejemplar.

«Boletín de Informaciones», de noviembre de 1931, No. 197. 1 ejemplar.

«Boletín de Informaciones», de enero de 1932, No. 199. 1 ejem.

---



---

## BIBLIOTECA NACIONAL

### Estadística de lectura en el trimestre comprendido de Enero a Marzo de 1932

#### Lectura diurna y nocturna

**ENERO**

Ciencias .....	425
Literatura.....	640
Historia.....	449
Revistas.....	29
Periódicos.....	18

**FEBRERO**

Ciencias .....	574
Literatura .....	685
Historia .....	489
Revistas.....	30
Periódicos.....	16

**MARZO**

Ciencias.....	453
Literatura .....	586
Historia .....	395
Revistas. ....	25
Periódicos.....	20

**RESUMEN**

Lectores de Ciencia.....	1452
» » Literatura....	1917
» » Historia.....	1333
» » Revistas.....	84
» » Periódicos....	54

Totales de lectores..... 4834

**COMPUTO DE IDIOMAS**

En Castellano, leídos y consultados .....	4800
En Francés, leídos y consultados.....	16
En Inglés leídos y consultados.....	8
Alemán leídos y consultados.	4
Italiano leídos y consultados.	5
Latín leídos y consultados...	1

## OBRAS RECIBIDAS

**Mes de Febrero de 1932.**

1. Ejem.—«*Índice de documentos de Nueva España existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*».—Tomo IV.

1. Ejem.—«*La Fondation Rockefeller en el año 1930*».

1. Ejem.—«*Glangor*», (Poesía), por Manuel Ruíz Díaz.

1. Ejem.—«*Notas*», por Luis Bertrán.

1. Ejem.—«*Insomnio*», (Poesías).

1. „ «*Ensayo de Historia Militar*», por el Mayor Saturnino Colman. (Enviadas por los autores).

1. Ejem.—«*El Poema del Himno Nacional Argentino*», por Gabriel Monserrat. (Biblioteca Nacional, Buenos Aires.)

3. Ejem.—«*Tesis. Cambio Internacional*», por Luis Alfonso Villela. (Enviado por la imprenta "Funes y Ungo" de San Salvador).

3. Ejem.—«*Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador*», por Miguel Angel García. (El autor).

**Mes de Marzo de 1932.**

2. Ejem.—«*Archivo de Indias. Índice de documentos de Nueva España*».—Tomo III.

1. Ejem.—«*Historia Contemporánea de Venezuela, Año de 1924*», por Francisco González Guinán.—Tomo undécimo.

2. Ejem.—«*El Mejor de los Mundos Posibles. Romance de episodios*

*Nacionales*», por Martín Gómez Palacio. (Enviado por el autor.)

9. Ejem.—«*Historia Contemporánea de Venezuela, Año de 1924*».—Tomo duodécimo.

1—Ejem. «*El Teósofo*», Revista Trimestral. Tomo VI. Nos. 22-23-24-25 de julio de 1931. Enviada por La Rama Venezuela, de Caracas Venezuela.

**Mes de Abril de 1932.**

2. Ejem.—«*Noticia Estadística sobre la Educación Pública en México correspondiente al año de 1928*», (Empastados.)

2. Ejem.—«*Noticia Estadística sobre la Educación Pública en México correspondiente al año de 1927*».

4. Ejem.—«*Arbitraje de Límites entre Guatemala y Honduras*, (Alegato.) (Biblioteca Nac., Guatemala).

2. Ejem.—«*Homenaje a los Poetas Nacionales Rafael Landívar, S. J. y Fr. Matías de Córdoba, de la O. P.*» (Academia Guatemalteca.)

1. Ejem.—«*La Razón de la Culpa*», alta Comedia en tres actos, por Catalina D'Erzell.

1. Ejem.—«*Esos Hombres*», comedia dramática en tres actos, por Catalina D'Erzell.

1 Ejem.—«*Apasionadamente*», Novelas Cortas, por Catalina D'Erzell.

1. Ejem.—«*La Gente no Sabe*», por Raúl E. Caethgen.

# INDICE

	PÁGINA
Editorial	1
Sideral, por Ramón de Nufio	2
Sangre bajo el Sol, por Arturo Ambrogi	3
La ciudad extática, por José Gómez Campos .	9
Emoción viviente, por José Valdez .	11
Escritores Salvadoreños—Salarrué—por Quino Caso .	12
Nirvana crepuscular, por Carlos Bustamante	14
La botija, por Salarrué.	15
Los trompos, por Francisco Espinosa .	17
El Panamericanismo y el Dr. Jacinto Castellanos, por Manuel Castro Ramírez . . .	19
Agar o la Venganza de la Esclava, por Francisco Gavidia	20
Las Bibliotecas más importantes	23
Obras recibidas para fundar la Sección Mexicana de la Biblioteca Nacional	25
Estadística de lectores	26
Otras obras .	27

---